



**En lanzamiento de campaña de prevención  
de la violencia intrafamiliar**

Santiago, 19 de julio de 2001

Creo que todos estamos impactados por el resultado del estudio sobre violencia intrafamiliar al cual se refirió la ministra, que ha tenido cobertura en todos los medios. Las cifras son fuertes: el que una de cada tres mujeres haya sufrido violencia físico-sexual; el que una de cada dos que ha estado casada haya soportado situaciones de violencia, es tremendamente duro. Y tiene que ver con cómo entendemos la vida en pareja, cómo entendemos la vida en familia. Impresiona que en tantos hogares de Chile este tipo de violencia sea la norma y no la excepción. Que tantas personas recurran a amenazas, descalificaciones, es un síntoma de que algo funciona mal en nuestra sociedad.

Ésa es la razón por la cual nos ha parecido importante atrevernos a mirar esta realidad. Suele haber temas que, por peligrosos, intentamos esconder; pero, a la larga, lo único que logramos es acumular tensiones; y ello seguirá ocurriendo hasta que, como sociedad, nos demos cuenta de que no hacemos las cosas bien. Es preferible enfrentar los temas a tiempo, que evitarlos por temor a reconocer nuestras deficiencias.

El punto de partida en este caso es lo que ocurre en nuestras familias. La familia es un espacio privilegiado de afecto, cuidado mutuo; es la base de una sociedad. Es en esa comunidad que es la familia donde el niño se va socializando, va aprendiendo formas de relacionarse. Y lo que allí ocurre entre padre y madre, termina afectándolo. Todos sabemos que usualmente son los niños que han visto violencia, los que después, en sus conductas futuras, la manifiestan.

Por lo tanto, si pensamos que la familia es el núcleo esencial de unidad y afecto, de relaciones humanas, de identidad, de pertenencia, entonces la violencia en la familia termina siendo un factor de ruptura, de perturbación, de creación de condiciones psicológicas de desadaptación a la sociedad. Es aquí donde reside el problema y es aquí donde debemos afrontarlo.

Junto con la violencia en la pareja, y parte de la violencia intrafamiliar, está el maltrato infantil, del cual hay un alto índice en nuestro país: un 73 por ciento de los niños reconoce haber sufrido algún tipo de maltrato o violencia. Y hoy sabemos que nadie aprende a golpes. O si algo se aprende, es a golpear, porque es la forma en la cual se ha sido educado. Hombres y mujeres golpeados cuando niños reproducen esa forma de ejercer autoridad. Se entra, así, en un círculo vicioso, que como país debemos romper. Romper esa cadena es parte de lo que queremos iniciar ahora. Queremos reducir las cifras de maltrato infantil con una cultura de respeto a los niños. Y esto, creo, es un punto de partida de esta campaña, la cual no es un esfuerzo que se limite al gobierno: le corresponde a toda la sociedad, a todo el país. Y lo que han realizado las instituciones que han participado en el diseño y lanzamiento de esta campaña, es una muestra de ese esfuerzo.

Actualmente hay, es cierto, una mayor conciencia social sobre estos temas. Y esa mayor conciencia quizá signifique que en el próximo estudio los indicadores de violencia aumenten. Pero, en verdad, lo que habrá aumentado es la valentía de las mujeres para atreverse a denunciar la violencia de que son víctimas.

A los pocos días de estar acá, en la casa de los Presidentes, recuerdo que me trasladé a una localidad cercana, a Puente Alto, a una casa donde acogían a algunas de las mujeres víctimas de la violencia. Y ellas se atrevieron a hablar, a hablar en presencia de los medios de comunicación. Algunas contaron una historia que tenía un final feliz; otras, sucesos que aún estaban teniendo lugar; y otras, experiencias que no habían tenido un final feliz. Creo que lo más importante fue que esas mujeres se atrevieron a hablar a las cámaras de televisión, a contar el tiempo y el drama que les tomó afrontar su situación y atreverse a compartirla con otros. Digámoslo así: se requiere ser muy valiente para reconocer este problema y compartirlo con otros, o con otras. Y creo que esta campaña también ayuda a eso, a atrevernos a denunciar.



Pero nos falta mucho aún. Prevenir la violencia intrafamiliar, apoyar a las víctimas, es una tarea del país, que supera las posibilidades particulares de un gobierno. Es necesario que todos —el sector privado y el público, la sociedad civil, todos— en una u otra forma participen en esta tarea. Obviamente, ella debe ser respaldada por un ordenamiento jurídico. En 1994 se dictó una ley que indica que en la última década hemos tomado conciencia sobre esta materia. Seis años después, estamos en condiciones de revisarla y mejorarla. Y esto pone en juego nuestra capacidad de fortalecer la prevención en materia juvenil, de ampliar la protección a hermanos e hijos mayores, y también de ampliar las denuncias. Hoy día, las denuncias están restringidas a la madre o a los hijos; y lo que queremos es ampliar —con los debidos resguardos— la facultad de hacer denuncias a otras personas, como son los profesores, que muchas veces constatan el maltrato a los niños en las escuelas, o incluso otorgar esa facultad a los vecinos.

Debemos lograr, entonces, dos cosas: por una parte, ampliar la capacidad de denunciar; pero, por otra, evitar las denuncias con otros fines. En determinados casos, debemos dotar de mayores facultades a Carabineros para las tareas que tienen que acometer en este ámbito. En otras palabras, debemos dar mayores atribuciones a quienes pueden conocer de estos hechos y tienen la capacidad para denunciarlos, y a quienes tienen que manejar esas denuncias.

Hay en todo esto una responsabilidad social de la cual la nueva legislación debe hacerse cargo. Denunciar la violencia intrafamiliar es una responsabilidad social, y ello nos obliga a actualizar nuestra legislación al respecto. No podemos ser cómplices, con nuestro silencio, del sufrimiento ocasionado a otra persona. Y ello implica también una condena social a las agresiones, y la creación de una cultura de convivencia que nos permita avanzar con mayor rapidez en estas materias.

Junto con lo anterior, hay otros elementos relacionados con nuestra capacidad de dar apoyo a quien ha sufrido el maltrato. Me refiero a que, junto al trabajo en el ámbito gubernamental, como las comisiones *ad hoc* de los distintos ministerios, es determinante la creación de más centros de atención integral a las mujeres golpeadas a lo largo del país. Este año, entre el 2000 y el 2001, se crearon diecisiete centros, prácticamente uno por región. Y tenemos que aumentar esa cifra. Se ha atendido a mil doscientas mujeres que han sido golpeadas. Cinco mil mujeres han sido objeto de cursos de

prevención. Pero tenemos que destinar más recursos y más esfuerzos a esta tarea, y es lo que nos proponemos hacer hacia el año 2002.

Hay algo más que me parece igualmente importante. Normalmente, Carabineros de Chile es quien recibe las denuncias de las víctimas; y por ello, a contar del año próximo se va a incorporar el tema de violencia intrafamiliar en el currículum de formación de Carabineros de Chile. Es un tema tremendamente delicado. La forma en que oficiales y suboficiales estén preparados para acoger a las víctimas, orientarlas desde el punto de vista legal, protegerlas adecuadamente, es de enorme importancia, e implica una tarea de formación difícil. Existe en Carabineros una unidad especializada que está trabajando este tema, y la transmisión de su experiencia a las futuras generaciones de oficiales y suboficiales es fundamental. Introducir el tema en el currículum institucional también nos parece una forma de llegar a todos los funcionarios, no solamente a las unidades especializadas que hoy día existen.

Otro aspecto necesario de enfrentar es el hacer conciencia sobre el derecho a denunciar. El estudio dice que normalmente una mujer demora siete años en promedio para atreverse a hacerlo. Siete años en que está siendo objeto de violencia, está siendo golpeada, hasta que llega un momento en que decide pedir ayuda y conversar con otro. Esto no puede ser. No podemos estar tranquilos, en tanto sociedad, cuando vemos que transcurren siete años para que las víctimas o los testigos se atrevan a decir lo que está ocurriendo. Y eso sin olvidar que, cuando llega el momento de la verdad, surgen dilemas muy duros: "denuncio, y ¿cómo sigo viviendo?"; denuncio, y ¿qué pasa con mis hijos?"; denuncio, y ¿quién los va a educar?"; denuncio, y ¿cuál es mi situación económica?". Este aspecto es tal vez el más complejo.

Todo lo anterior —establecer centros de atención, formar a Carabineros de Chile, lograr una toma de conciencia en la sociedad— constituye un problema, pero también una oportunidad colectiva para que, entre todos, afrontemos la situación de violencia intrafamiliar en nuestro país. En este sentido, tan importante como la campaña que se inicia hoy, me parece lo ocurrido antes de comenzar la campaña. Esto es, que tantos y tantas se hayan involucrado en el tema; que tantos y tantas hayan estado dispuestos a participar activamente en la campaña, en sus *spots*. En ellos están los testimonios de jóvenes de este país provenientes de muy distintos nichos de la sociedad chilena, en un mosaico muy representativo de lo que somos. Están

desde aquel o aquella que escala el Everest, hasta aquellos que tienen una actitud de inquietud intelectual por lo que acontece en nuestra sociedad, o los que quieren derramar poesía, música, belleza y arte, los que caminan por la vida y entienden que tienen algo que decir.

El elemento central de esta campaña es, así, la convocatoria a todos los chilenos y a todas las chilenas de buena voluntad en el compromiso con la tarea que nos aguarda. La participación de la sociedad civil ha sido y sigue siendo esencial en el esfuerzo que debemos emprender.

"Dignidad en la pareja", dijo uno de ustedes. Es que la campaña que hoy se inicia se centra particularmente en los jóvenes. Vemos que muchos de ellos continúan experimentando la violencia en sus relaciones afectivas. Esta realidad puede y debe cambiar. Nos merecemos una sociedad mejor. Y, por lo tanto, debemos ser capaces de romper el círculo de la violencia.

Y el elegir a los jóvenes, hombres y mujeres, como destinatarios de la campaña, es una apuesta al futuro: romper el círculo de la violencia es comenzar apostando por los jóvenes de Chile.

Por eso les quiero agradecer los testimonios que acá hemos escuchado, y quiero invitar a todos los jóvenes de Chile, a los que están pololeando, a los que se van a casar, a los que sueñan con hacer un hogar o que ya lo tienen formado, a recordar esto: la dignidad de la pareja pasa por el respeto de cada uno de sus miembros, de él y de ella.

Esta campaña apunta a la esencia del alma nacional: respetémonos a nosotros mismos. ¡No al maltrato, no a la discriminación, no a que los niños de Chile sufran la violencia de los padres!

Quiero agradecer, como Presidente, a todos ustedes que están acá en La Moneda esta mañana; agradecer a todos los que han participado en esta tarea, y decirles que si abordamos este tema entre todos, vamos a tener una sociedad mejor, más orgullosa de lo que somos capaces de lograr.

Muchas gracias.